



Homilía Misa por Benedicto XVI – Chillán 3 enero 2023 **Obispo de Chillán Sergio Pérez de Arce**

Nos hemos reunido hoy a orar por el Papa Benedicto XVI y agradecer su ministerio entre nosotros. Ha sido nuestro Papa, nuestro hermano mayor y pastor universal por 8 años. Nos guió, nos regaló su enseñanza, nos anunció a Jesucristo y nos confirmó en la fe, como le pidió el Señor al ponerlo al frente de su Iglesia. En estos días, desde que falleciera el pasado 31 de diciembre, se han hecho diversas semblanzas, diversos análisis sobre su vida y misión, y es normal por tratarse de un actor relevante no solo de la vida de la Iglesia, sino de nuestro mundo contemporáneo. Pero nosotros no olvidamos que, ante todo, ha sido nuestro Papa, el sucesor del apóstol Pedro, signo visible y garantía de la unidad y de la comunión en la Iglesia. Damos gracias por él, y lo despedimos con afecto filial, porque ha sido nuestro padre y pastor.

En los diversos análisis de estos días, se ha hablado de las características de Benedicto, y a menudo se le ha comparado con los otros Papas, con los anteriores y con el actual. Es obvio que, dentro de una continuidad, cada Papa es diverso, cada uno con sus rasgos y acentos en la misión, pero tienen en común que son, ante todo, testigos de Jesucristo, anunciadores de su Palabra e instrumentos de su misericordia. Como Juan Bautista, según hemos leído en el evangelio que se ha proclamado hoy, que da testimonio de Jesús; no se centra en sí mismo, sino en Jesús como Hijo de Dios, que bautizará a su pueblo en el Espíritu Santo.

Cómo no recordar aquí esas hermosas y provocadoras palabras que nos decía constantemente Juan Pablo II: “¡No tengan miedo de acoger a Cristo (...)! ¡No tengan miedo! ¡Abran - aún más - abran de par en par las puertas a Cristo!”. O la invitación permanente que nos viene haciendo Francisco, a renovar nuestro encuentro personal con el Señor, sabiendo que “con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”. En esta misma línea, Benedicto XVI nos regaló unas hermosas palabras en su primera Encíclica, Dios es Amor, palabras que han sido frecuentemente citadas: “*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*”. Por tanto, nos invita a centrarnos en lo esencial, a recordar que la vida cristiana y su renovación se sustentan en el encuentro con la Persona de Jesús. Lo ha repetido en su Testamento espiritual, dado a conocer luego de su muerte: “Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida”. Es el camino y la verdad para nosotros, sus discípulos, pero también una propuesta válida para nuestro mundo, que necesita de la vida del Señor.

Dicho esto, sobre la centralidad del encuentro con Cristo, quisiera detenerme especialmente en dos aspectos de la enseñanza de Benedicto, que estimo que tienen tremenda actualidad para la vivencia de nuestra fe y misión.

Lo primero es algo que me conmueve y me hace mucho sentido: su insistencia de que Cristo, en que Dios, no es antagonista del hombre. Sabemos que el hombre moderno ha corrido a Dios de su lado, creyendo que se opone o coarta su libertad. El hombre moderno ha creído que la religión lo aliena o lo oprime, y ha intentado decretar la muerte de Dios. Benedicto, desde las entrañas de su ser creyente, ha proclamado reiteradamente algo que nosotros hemos experimentado en nuestra vida: que Dios no nos hace menos humanos, sino más humanos.

En la Misa del 24 de abril de 2005, en el inicio de su Pontificado, evocando a Juan Pablo II y dirigiéndose especialmente a los jóvenes, se expresa con mucha convicción:

“... quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana (...) Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos ustedes, queridos jóvenes: ¡No tengan miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abran, abran de par en par las puertas a Cristo, y encontrarán la verdadera vida”.

Y en su Encíclica *Caritas in veritate*, del año 2009, es bien claro para afirmar que “sin Dios el hombre no sabe adonde ir ni tampoco logra entender quién es (...) La cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil (...), protegiéndonos del riesgo de quedar apresados por las modas del momento” (Nº 78)

Y en su visita a Santiago de Compostela en 2010, se pregunta: “Los hombres no podemos vivir a oscuras, sin ver la luz del sol. Y, entonces, ¿cómo es posible que se le niegue a Dios, sol de las inteligencias, fuerza de las voluntades e imán de nuestros corazones, el derecho de proponer esa luz que disipa toda tiniebla?”. Y luego afirma: “es necesario que Dios vuelva a resonar gozosamente bajo los cielos de Europa (...) (Europa) ha de abrirse a Dios, salir a su encuentro sin miedo, trabajar con su gracia por aquella dignidad del hombre”.

Esto es lo primero, hermanos, Dios es aliado del ser humano en su lucha por un mundo mejor y más fraterno. Necesitamos su gracia. Él es el primer interesado en la dignidad de la persona humana.

Lo segundo que quisiera destacar lo relaciono con la crisis eclesial que hemos vivido en los últimos años. Han sido años difíciles, muchas veces hemos sentido rabia: con la jerarquía, con los sacerdotes, y tantas veces con razón por las cosas que se han hecho mal. Vivimos, además, un tiempo de cuestionamiento a las instituciones y ya sabemos que como Iglesia hemos perdido credibilidad. Un peligro que tiene todo esto es que terminemos desvalorizando a la Iglesia, olvidando que es la comunidad de Jesús, signo e instrumento de salvación. Siempre ha habido una veta presente en los católicos de relativizar la función de la Iglesia, que se expresa en frases tales como: “yo me las

arreglo solo con Dios”, “Jesús sí, la Iglesia no”, etc. Pero en los últimos años se nos ha inyectado, además, una falta de cariño por nuestra Iglesia. No se trata, por supuesto, de justificar ninguno de los males y delitos que entre nosotros se han cometido, como tampoco de negar la permanente necesidad de conversión. Se trata de querer a nuestra Iglesia, que es nuestra madre, que nos ha hecho nacer a la fe.

Todo esto lo digo porque Benedicto nos ayuda a mirar con profundidad a la Iglesia. En su Testamento espiritual dice: “Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo”. Y en el Santuario de Aparecida, en el año 2007, justo antes de empezar la V Conferencia del Episcopado latinoamericano, decía a los religiosos, religiosas y seminaristas:

“... siento el deseo de decirle a todos ustedes cuán importante es el sentido de nuestra pertenencia a la Iglesia, que hace a los cristianos crecer y madurar como hermanos, hijos de un mismo Dios y Padre (...) Por eso el Papa quiere decirles a todos: *La Iglesia es nuestra casa. Esta es nuestra casa.* En la Iglesia católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo. Quien acepta a Cristo, "camino, verdad y vida", en su totalidad, tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida”.

Benedicto nos ayuda a valorar nuestra Iglesia, a buscar su coherencia, que es la coherencia de todos nosotros, sus miembros, y a ponernos a su servicio. La Iglesia está llamada a ser siempre un camino hacia Dios y un lugar de encuentro con Cristo, que no solo debe guardar el hermoso tesoro de la fe que ha recibido del Señor, sino buscar la mejor forma de expresarlo y darlo a conocer en el mundo de hoy. El Señor quiere seguir ofreciendo su Evangelio a cada generación, para que encontremos en él una fuente de vida y vida en abundancia.

Pongamos en manos de la infinita misericordia de Dios al querido Papa emérito Benedicto, y confiemos en que él ahora seguirá orando por nosotros, para que seamos generosos servidores de la misión de Jesucristo.